

A manera de homenaje

El libro *El poder de las hijas de la Luna*, el último de Marie Odile Marion, es un ejemplo de cómo es posible integrar en una investigación sobre un pueblo indígena no sólo un profundo conocimiento de la materia, sólidas bases metodológicas, el dominio de la lengua y numerosas interpretaciones originales, sino también la sensibilidad, la comprensión y el respeto. Algo singular que distingue esta etnología sobre los lacandones de estudios anteriores es el incursionar en el mundo femenino y presentar esa otra mitad del pensamiento indígena, labor que le fue posible no sólo por su condición de mujer –difícil por cierto para desarrollar un trabajo etnológico por temporadas tan largas en el interior de la selva–, sino por su carácter fuerte, decidido y emprendedor.

Los temas que trata son múltiples, imposible referirse a todos; el libro constituye un estudio muy completo y sólo referiremos algunos puntos, para invitar al lector a acercarse a esta obra. La autora encuentra un modelo de pensamiento que permea la vida de los lacandones basado en la alternancia de un movimiento perpetuo de unión y disyunción de principios contrarios, y alternancia de elementos antagónicos. Estos conceptos son una constante a lo largo de toda la obra y se reflejan en los mitos de creación y destrucción, en las acciones opuestas y complementarias de los dioses, en los principios que rigen sus prácticas rituales y en el ciclo de vida; a su vez repercute en la organización de los linajes, en las relaciones sociales y en las del hombre con la naturaleza, así como en la idea sobre la historia.

Indaga en el pensamiento de los lacandones sus posibles filiaciones prehispánicas, pues es en la tradición donde intentan mantener su identidad, pero siempre abiertos a las nuevas circunstancias y a adaptarse a ellas. Los lacandones, señala la autora, son el resultado de un proceso de resistencia a las amenazas de penetración occidental.

Al análisis estructuralista de los mitos le dedica páginas enteras, lo que le permite reconstruir los conceptos indígenas sobre el tiempo y el espacio, el diseño del universo y su ordenamiento: el hombre, señala, logra definir su espacio en el centro de los tres niveles cósmicos y ahí también encuentra sus límites temporales; el lacandón equipara su existencia con la del ciclo solar, surge del inframundo y ahí regresa a su muerte. Resalta el carácter moralizador y socializador de los mitos y muestra cómo al comprenderlos nos acercamos a su sistema simbólico; los mitos son el principal acervo de la tradición oral de los lacandones, son su herencia cultural. En ellos el espacio y el tiempo se interrelacionan; una vez ordenado su universo, el mundo inicia su marcha con el movimiento alternado de los astros, lo cual se refleja en el logro de un equilibrio entre la vida y la muerte humana. Son los lacandones, mediante sus ofrendas a los dioses, los que mantienen ese equilibrio, al igual que lo han hecho los indígenas desde las épocas prehispánicas.

Analiza el significado de *onen* y sin dudar lo relaciona con los linajes; no acepta, como otros autores, que se trate de vestigios de un sistema totémico de asociación zoomorfa, ni de un sistema de nahualismo o bien del *alter ego* zoomorfo; sin embargo queda confuso lo que entiende por estos dos últimos conceptos. El *alter ego* zoomorfo significa que un individuo al nacer comparte su alma y destino con un animal, mientras que la autora parece mezclar este concepto con el de nahual, entendido como la capacidad que tiene un individuo poderoso de transformarse en animal; más

adelante señala que el *onen* "es pensado por los lacandones como un doble del individuo que bajo su forma animal puede ser flechado por K'isin, la deidad del inframundo, provocando una enfermedad e incluso la muerte del sujeto de quien es el reflejo", definición que sí correspondería al *alter ego* zoomorfo. Hecho que no descalifica que *onen* se refiriera al linaje. Agrega que estos linajes se heredan por línea masculina y se distribuyen geográficamente, que en la actualidad sobreviven sólo cuatro y a su vez reflejan un pensamiento dualista.

Otro término al que dedica varias páginas es *na'*, que define gran parte del universo femenino; significa tanto la casa en el sentido de hogar, el granero de maíz, la luna y el mes lunar, y concluye que es un concepto ligado a la idea de fertilidad humana y de familia. En este apartado desarrolla una serie de interpretaciones relacionadas con la procreación en la que descubre una interesante red simbólica en el significado de diversos términos en lacandón: semen, sangre, savia y miel; árbol y pene; árbol del origen, ceiba y papayo; la bolsa donde el hombre transporta los granos para fecundar la milpa y los testículos donde guarda las semillas para fecundar a su mujer, y la bolsa tejida de algodón donde la mujer recibe esas semillas, la matriz.

Reflexiona sobre los distintos tipos de matrimonio y encuentra el porqué de la existencia y casi necesidad de matrimonios poligínicos de tipo sororal; al vivir las familias dispersas en la selva, explica, las mujeres no cuentan con el apoyo de parientes masculinos y establecen estructuras de alianza: comparten tareas cotidianas, se acompañan y surge una complicidad femenina frente a los hombres, lo que asegura su sobrevivencia. Encuentra en los personajes de los mitos un reflejo del sistema de parentesco y de la organización familiar, y así analiza las deidades lacandonas, estudio por demás sugestivo pues al hacer análisis comparativos aclara algunas incógnitas sobre los dioses prehispánicos de los mayas.

Al exponer las formas de control de poder primero analiza las tradicionales y luego las que considera producto del cambio sufrido por la irrupción de nuevas relaciones con el mundo exterior, lo que ha provocado contradicciones internas y modificación de las relaciones de fuerza, tanto entre los sexos, como entre las generaciones. Uno de los símbolos de poder que subraya es el de los incensarios, que funcionan como receptáculo de los dioses y permiten la comunicación con el mundo sobrenatural. De ahí que el matrimonio que lo posea será reconocido como jefe de familia, *zukum*, y su esposa como *kik*. Él heredará tan valiosa posesión a un hijo o yerno que muestre actitudes de liderazgo y lo iniciará en el conocimiento del ritual; sin embargo, éste debe tener una mujer que pueda apoyarlo, de ahí la importancia del papel femenino. Gracias al sistema, las mujeres intervienen con mayor fuerza en las decisiones del grupo, aseguran el equilibrio de las relaciones sociales y la transmisión del poder.

Con realismo cruel y doloroso la autora describe la inserción de los lacandones en el mundo occidental, los cambios brutales en la vida social, y apunta que si ya existían conflictos por el poder y por el rapto de mujeres, éstos se acrecientan por la acumulación de bienes materiales, fenómeno antes ajeno a los lacandones. Los jóvenes salen en busca de empleo, contraen matrimonio fuera de la comunidad, aumenta el alcoholismo y con ello disminuye la autoridad de los ancianos y se acelera la pérdida de identidad.

Sabido es que la sociedad lacandona mantiene a la mujer eternamente bajo la tutela masculina; sin embargo, Marion percibe que atrás de ese sometimiento su participación es más importante de lo que se observa a primera vista. En el plano social son los hombres los que ejercen la autoridad, pero en la privacidad del hogar y en el espacio mítico, son las mujeres las que ejercen el poder y lo reproducen. Gracias a ellas, sugiere, los lacandones rees-

tructuraron su organización sociopolítica apoyándose en modelos antiguos.

Paso a paso describe el universo cotidiano y hace hincapié en la difícil y trascendental labor femenina. Son las mujeres quienes ayudan a la supervivencia del grupo, no sólo manteniendo la reproducción de los individuos, sino también limitando la violencia generada por los hombres; recurriendo para ello, si es necesario, a la mentira. La noche, bajo la protección de la Luna —señala— es el tiempo de las mujeres; el hombre, como el Sol, desciende entonces a fecundar a las mujeres. Es también el tiempo en que hombres y mujeres comparten espacios domésticos pero controlados por ellas. Colocados alrededor del fuego, se sientan sobre el banco doméstico, el cual, según interpreta la autora, simboliza el signo de la pertenencia de un hombre al grupo de residencia materna y es el mismo banco que le asegurará a su muerte la comodidad en el otro mundo y su participación en la colectividad de las almas, a más de haber sido, antes de nacer, su banco-placenta. Gracias a la observación minuciosa del diario vivir de los lacandones, Marion proporciona valiosos datos e interpretaciones de los ritos del ciclo de vida; nacimiento y muerte son dos momentos de ruptura unidos, al igual que hubo un proceso de gestación para la vida existe uno para la muerte y ambos se encuentran bajo el signo de la Luna. De la misma manera en que el hombre emerge a la vida con el Sol, se sumerge en el mundo de las tinieblas para iniciar la segunda parte de su vida en el ámbito subterráneo, ayudado por los parientes que preparan lo necesario para el viaje durante los rituales funerarios. Y así Marie Odile nos transporta al dominio de K'isin en el Mictlán, y de Mensabak que cuida las aguas de los lagos a donde llegan las almas de los muertos que esperan la próxima creación para volver a vivir; aun ahí existe la alternancia.

Como en todo producto generado a lo largo de varios años, se observan diversos perio-

dos de madurez; algunas de sus páginas son más logradas que otras. El apartado sobre los rituales, es, a mi juicio, el más valioso. La descripción que Marie Odile ofrece sobre la renovación de incensarios resulta fascinante, y es una valiosa herramienta para comprender el significado de muchos rituales de la época prehispánica. Con el ritual los nombres aseguran la continuidad de su historia y la permanencia de su comunidad.

Estudios de Cultura Maya, Vol. XXIII, 2003

Instituto de Investigaciones Filológicas/
Centro de Estudios Mayas, UNAM

ISSN 0185-2574

<http://www.iiifilologicas.unam.mx/estculmava/>

Este libro habrá que agradeceré a Marie Odile, quien nos da la oportunidad de participar de un fragmento de lo que fue su mundo. Sin duda su alma estará en los lagos al cuidado del dios Mensabak, acompañada de las almas de los lacandones, esperando el nuevo ciclo solar para regresar con ellos a su querida selva.

MARTHA ILIA NÁJERA CORONADO